

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO XL — NÚM. 566

Madrid, 4 de Diciembre de 1930

PRECIO: 15 CÉNTS.

EL LLAMAMIENTO DE ADVIENTO

«Es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora nos está más cerca nuestra salvación que cuando creímos.» ROM., XIII, 11.

ESTE es uno de los textos de la Sagrada Escritura que ha venido a ser históricamente famoso, pues según nos dice San Agustín en sus *Confesiones*, éstas fueron las palabras de San Pablo, que exhortándole a apartarse de las obras de la carne, y poniéndole delante al Señor Jesucristo, le llevaron inmediatamente a su conversión. Y no habrían de existir otras razones (que si las hay) y ésta sería más que suficiente para que consideremos las palabras del Apóstol como un hermoso y adecuado mensaje de Adviento.

San Pablo está escribiendo, como hacía muy frecuentemente, con la mirada puesta en la segunda venida de Cristo. Este acontecimiento parecía unas veces muy lejos, y otras más cerca; pero siempre una cosa posible en cualquier momento, y más posible aún, en el momento menos pensado, como el mismo Cristo profetizara.

Hay en nuestros días críticos y comentaristas que al fijarse en palabras como las de San Pablo, dicen que los Apóstoles estaban muy equivocados, a lo menos en un asunto de tanta importancia como éste: el fin del mundo no estaba tan cerca como ellos creían: todavía no ha tenido lugar. Y de esto deducen, que si estaban equivocados en asunto de tanta importancia, cabe la posibilidad de que estuvieran equivocados también en asuntos de análoga importancia. Pero esta suposición no está justificada por los hechos, pues el mismo San Pablo, en su segunda carta a los Tesalonicenses, desautoriza cualquier ligera interpretación que se dé a sus palabras; y San Pedro nos dice cuál era la actitud general de la Edad Apostólica en cuanto a este acontecimiento, al decirnos hablando de la segunda venida del Señor: «No

estamos ignorantes de una cosa: que un día delante del Señor es como mil años y mil años como un día. El Señor no tarda su promesa, como algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2.^a Pedro, III, 9). Nos-

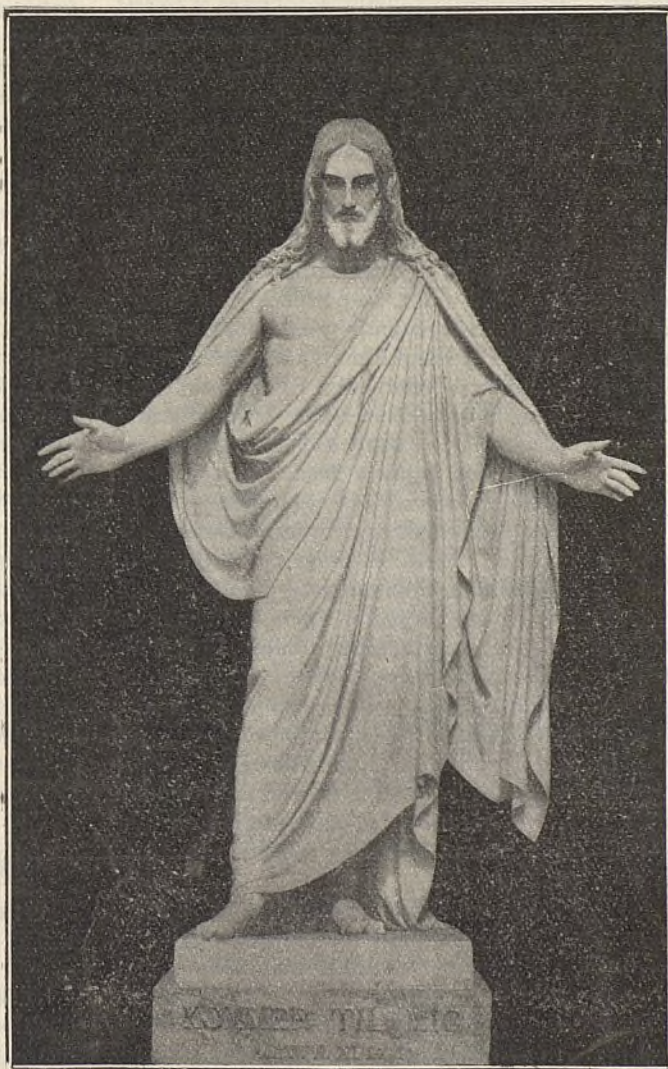
tro, sin preocuparse de nosotros, aunque para nosotros marche.

«El Señor está cerca», nos dice el Adviento al venir a nosotros cada año. Y nosotros lo escuchamos; pero muy pronto la rápida vorágine de la vida nos absorbe, y el mundo, con sus ruidos y sus voces se lleva el llamamiento.

San Pablo en sus palabras nos presenta sus pensamientos, como lo hace frecuentemente, por medio de un simil. Él tiene ante sí, como tantos poetas y filósofos lo han tenido antes y después, el fenómeno del día y la noche, de la luz y las tinieblas. No hay nada en la Naturaleza de las cosas que justifique el que la noche, con su negro manto, tenga que ser más siniestra que el día. Es la malvada conciencia de un mundo pecador la que ha asociado la noche con sus siglos de maldad. La noche ha cegado el sol. Es la hora para el asesino, descendiente de Caín; es la hora del ladrón, que asalta la casa en la obscuridad; es la hora del adúltero, que acecha en la sombra. La noche es el símbolo de la duda, de la dificultad, de la tribulación, de la muerte. Por eso el Soñador de Patmos, en su descripción de la ciudad celestial, dice con exaltación: «Y allí no habrá más noche; y no tienen necesidad de lumbre de antorcha, ni de lumbre de sol» (Apoc., XXII, 25).

Pero San Pablo está pensando en el estado del mundo como no iluminado por el esplendente Sol de la presencia de Cristo; es decir, el mundo antes del segundo Adviento, y habla de ello como de una noche, y de nuestra condición mientras vivimos en él, como si fuera un sueño, y luego pasa, casi de un modo imperceptible; a hablar

de la noche, no como el tiempo de dormir, sino como el tiempo que es aprovechado por aquellos que trabajan para mal. El Apóstol ya no piensa en la conciencia dormida solamente, sino en las obras de tinieblas inspiradas por éstas y llevándonos a ellas.



VENID A MÍ

Famosa escultura de Thorwaldsen, en la Catedral protestante de Copenhague.

otros vivimos como aquellos que saben que la venida del Señor está cerca; vivimos nuestra corta vida, que a nosotros nos parece tan larga, que es cosa que está fuera de toda discusión. Y en tanto, el gigantesco reloj de los siglos continúa impasible su marcha, a despecho nues-

Dormir y tinieblas son condiciones de vida, con las cuales todos estamos por desgracia familiarizados. Y el Adviento es un tiempo de despertarse, que no debe ser rechazado. «Es ya hora de levantarnos del sueño», ¿Qué sueño es la religión para muchos! Dios es para muchos como una cara que vemos en un sueño, y que no la relacionamos para nada en nuestra vida práctica. La tendencia es hacer de Dios un gobernador lejano; a reservar para ciertos días y lugares: los Domingos y algunos minutos nada más. ¿Qué deberemos hacer para que la religión no sea un sueño para nosotros?

No equivoquemos el llamamiento de Adviento. Notengamos secretos con Dios. Seamos sinceros con nosotros mismos. Miremos a la luz de su rostro y en la luz del día, todo lo que nos hace indignos para ser hijos de luz. «Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados y nos limpie de todo mal» (1.^a Juan, I, 9). La planta que está en la ventana dirige su tallo a la luz, bebiendo de ella, esponjándose, mostrando su brillo... En cambio, la planta guardada en la obscuridad, sólo muestra hojas amarillas y desprovistas de crecimiento. El pulgón y la roña se apoderan de ella; la floración perece antes de estar formada, y la planta muere aceleradamente.

«Es ya hora de levantarnos del sueño, porque ahora la salvación nos está más cerca que cuando empezamos a creer». Cristo nos dice: «Ciertamente, vengo en breve». Sea ahora y siempre nuestra respuesta: «¡Ven, Señor Jesús, ven pronto!»

FERNANDO CABRERA.

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

„SÍGUEME“

SABÍA Jesús que su estancia sobre la tierra sería breve y que su ministerio sería corto, y por esto su primer propósito fué el de reunir hombres a su alrededor para que colaborasen con Él durante su ministerio y le siguiesen después que Él faltara, dando testimonio y continuando su obra. La predicación de Cristo podría, pues, resumirse en esta palabra: «Sígueme».

Pasaba Jesús por la orilla, del mar, cuando vió a Simón y a Andrés, que estaban aderezando las redes, pues eran pescadores. Jesús sólo les dice: «Seguidme». Estaba sentado el publicano Levi detrás de la mesa de la recaudación de los públicos tributos, cuando Jesús le dice: «Sígueme». Se levanta el publicano, deja su labor, como antes dejaran sus redes Simón y Andrés, y le sigue. Al conjuero del «sígueme» de Jesús, todos le obedecen sin vacilar. Todos le siguen, todos le serán fieles hasta la muerte; si es preciso, morirán por dar testimonio de su fe; pero todos tendrán una gloriosa recompensa: verán los cielos abiertos.

Es evidente que el objeto del «sígueme» de Jesús es el hombre. El hombre es el objeto de este Cristo que muere por darle la inmortalidad.

Pero, ¿qué es el hombre antes de oír y obedecer el «sígueme» de Jesús, antes de entrar en el camino de Cristo? Un ser que se desconoce a sí mismo, un ser que no sabe siquiera si existe; porque todo cuanto sabe de sí mismo y de los demás no llega a ser más que materia de duda y de confusión. Está sumido en un caos, está sumido en una confusión, porque la luz de Cristo no alumbró su camino. Pero el hombre sabe que existe, que es, cuando responde al «sígueme» de Cristo. Esta voz opera un cambio radical en su pensar y en su sentir. Antes vivía sin saber que vivía; ahora, deslumbrado por la divina luz del Salvador, sabe que vive y sabe también por qué vive. Pero sabe más. Sabe que, siguiendo a Jesús, no morirá, porque seguir a Jesús es caminar hacia la ciudad permanente. «En Él estaba la vida...» Seguir a Jesús es vivir, porque Él es la vida, la vida que no conoce la muerte. El «seguidme» de Cristo es la vida; mas los hombres que no obedecen a la invitación de Cristo, no tienen vida.

Jesús es la vida, pero es también el amor. Cuanto más elevado es el ser, y esta elevación depende de la perfección con que se siga a Cristo, más derrama y recibe el amor. La perfección de la vida es el conocimiento y el amor de Aquel que dice: «Seguidme». La perfección del amor es la adoración. El hombre, entregado a sí mismo, siente la incapacidad para amar, no conoce el camino del amor hasta que sigue a Jesús. Si el hombre presta oídos sordos al «sígueme» de Jesús, podríamos decir que no tiene amor, porque Cristo es amor, y entonces el hombre no ama, no ama y no es amado. Y, sin embargo, el amor es la más ardiente necesidad del hombre. El hombre que no ama, no vive. Si el hombre no sigue a Cristo y le ama, no puede amar a sus semejantes, y entonces siente por ellos indiferencia, les aborrece, les oprime con cierto deleite. El hombre es enemigo del hombre; esta continua enemistad crea la guerra, y la guerra destruye la paz.

Es verdad que los que siguen a Jesús tienen que soportar muchas angustias, pasar de la tranquilidad al trabajo; pero Cristo les fortalece, pues el que ama a sus semejantes y se entrega por completo a la obra de volverles a Dios, no sufre. En este sentido, el que ama no sufre.

Seguir a Cristo es, pues, pacificar, amar. Amante, el hombre debe obedecer; porque la obediencia es la ley y la forma del amor, y el hombre, al desobedecer el «sígueme» de Jesús, viola la ley del amor, niega la ley del amor.

Jesús nació para ser obediente hasta la muerte de cruz; su relación con Dios fué siempre una relación de obediencia, haciendo siempre la voluntad de su Dios. El Evangelio es una lección de obediencia; seguir a Cristo es obedecerle. Impo-

nia Jesús al decir «seguidme» una prueba dolorosa, dolorosa debido a nuestra humana condición. Negarse a sí mismo, renunciar a la propia voluntad para no querer ni hacer más que lo que Él diga, estar dispuesto a dejar todo aquello que pueda servir de obstáculo para cumplir su voluntad y sufrir con resignación las contrariedades que en este camino de seguimiento a Jesús forzadamente hemos de encontrar, sin desfallecer, sin detenernos. Los que obedecen al «sígueme» de Cristo tienen que sufrir como Él, tienen que sufrir por Él, para así ser semejantes a Él.

Pero renunciar a uno mismo para seguir a Jesús, no es la vida monástica, la contemplación mística, encerrarse entre cuatro paredes y martirizarse con cilicios. Renunciar a uno mismo no consiste en retirarse del mundo, sino en vencerlo y dominarlo. Hay que renunciar a la adquisición del mundo; pero no hay que renunciar a actuar sobre él.

Seguir a Jesús no es la ociosidad, sino el trabajo; trabajar sin descansar. «Nadie después de encender la lámpara la pone debajo del almud». Esta recomendación basta para que la palabra de Dios resuene siempre, aun cuando aquéllos que deben repetirla, aquéllos que siguen a Jesús, se vean cargados de cadenas.

«Sígueme» — dice Jesús —, pero ten en cuenta que no estarás solo, que yo te sostendré y te fortaleceré en los momentos en que te sientas abatido y desalentado por mi causa, yo te daré fuerzas con que ser perseverante en mi camino.

Preguntó Pedro al Señor cuál sería la recompensa de aquéllos que lo habían dejado todo por seguirle. Jesús le respondió: «Poseerán la vida eterna».

Respuesta sencilla, respuesta breve y concisa, que, sin embargo, resume y condensa el ardiente deseo del humano, la más grande aspiración de aquéllos que saben que poseer la vida eterna es poseer la felicidad.

Sigamos a Cristo, que, siguiéndole, caminamos hacia la ciudad permanente.

DANIEL MIR.

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

Roma se enseñorea del vicio.

La Prensa Unida, comunicó a la Prensa de Río Janeiro, desde la ciudad del Vaticano, el siguiente radio: «De acuerdo con el Gobierno italiano, el gobierno del estado Pontificio, decidió adoptar el monopolio de los tabacos para puros y cigarrillos. En consecuencia de esto, ningún súbdito del Vaticano podrá importar artículos de fumar, libres de derechos, en el futuro, y todos se verán obligados a comprar ese producto en los almacenes del Vaticano».

Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA

UN VIAJE POR ESPAÑA

(14 de Agosto a 17 de Septiembre.)

Hacia el Norte. — La ciudad de D. Emilio Martínez. — Asturias. — La aldea perdida.

I

EL que se había durante el trayecto de Madrid a Valladolid es porque quiere. El yermo, que aparece algunos kilómetros antes y después de Segovia, obliga a saborear, con mayor fruición, los panoramas espléndidos del Guadarrama. La antigua urbe romana, asentada entre colinas, nos saluda con la gracia de su magnífica catedral. Hasta Yanguas no se ve una gota de agua. Tierras rojas, blancas, amarillas, moteadas de pedruscos grises. Luego, bosques de pinos, que son como una larga pincelada verde sobre las colinas peladas. De repente, calcinándose sobre la planicie, se yergue una ermita. Parece un rubí, engarzado en el cielo de cobalto.

La vista vuelve a recrearse en el verdor de los pinos, que se tornan azules en la lejanía. Las nubes son más claras. El ambiente, menos irritante. Del suelo, blanco y brillante, se elevan los troncos anaranjados de las coníferas. Según avanza el tren, van alejándose, hasta confundirse con la neblina.

Y comienza de nuevo el desfile de campos amarillos y grises, que se juntan, allá lejos, con el cielo, borrando el horizonte. Campos labrados. Medina del Campo. El yermo. Huertas, acequias y regatos. Entramos en Valladolid.

Dicen que la ciudad se ha reformado mucho en estos últimos años. La primera impresión, a lo menos, es muy agradable. Más tarde observo que Valladolid, como todas las ciudades cuyo «renacimiento» data del tiempo de la Dictadura, ha conservado su contorno de barrios muy siglo XVI, con sus calles estrechas, cuajadas de recuerdos y adornadas de leyendas.

Buscando la casa de D. Emilio Martínez, me detengo frente a una esquina, cortada a dos metros del suelo por una pequeña concavidad, en la que se cobija una cruz. La calle se llama «de la Cruz Verde». Cerca de allí reposa, ancho y pesado, el Palacio Arzobispal, que antiguamente era la mansión del inquisidor de Valladolid.

«Calle de la Cruz Verde». Por aquí desfilaban los herejes camino del suplicio. Ahora están estas calles asfaltadas y limpias, pero silenciosas y recogidas, en Dios sabe qué devociones. A unos pasos de aquí se desmorona un caserón agujereado. Tiene una torre. Es la Iglesia de San Andrés. Junto a ella se abre la calle de la Cadena. Estrecha, sucia y desnivelada. La doble fila de casitas medio derruidas, que la orlan, desvanece la vi-

sión de «gran ciudad» que ofrece el Campo Grande. La calle huele a humildad... y a miseria, y acaba entre otras calles hermanas.

Calle de la Cadena, núm. 22. Aquí vivió un campeón de la causa evangélica, más de treinta años. El portal se ensancha en un patio, que me parece haber visto alguna otra vez. También creo reconocer el grupo de vecinas chismorreando bajito a la sombra; un viejo, con un libro sobre las rodillas; varios rapazuelos jugando a gritos en un rincón lleno de escombros, y los paredones descascarillados y rayados por vigas oscuras. Sí. Todo esto lo he visto yo antes en *Julián y la Biblia*. Se me recibe con miradas interrogativas, a las que sigue un confiado «Buenas tardes». Pregunto por D.^a Marta Martínez, que sale de alguna parte, y me conduce a su casa. No hace aún diez minutos que nos conocemos y ya hablamos con toda confianza. La señorita Martínez parece viva, inteligente y alegre. Me cuenta de su vida. Hace once años que se dedica a la enseñanza. A pesar de las malas condiciones del local y de estar bloqueada la escuela por otros colegios, sigue el suyo adelante. Casi cuarenta niños acuden diariamente al colegio. Para poder apreciar el sencillo heroísmo de esta maestra, hay que ver los locales de que dispone. El de niños y niñas, separados en dos grupos, es muy oscuro. Los párvulos tienen una habitación donde pueden expansionarse con relativa comodidad. «No está mal el local, ¿verdad? — me dice la Srta. Martínez —. Yo no podría desprenderme de él. Claro que el material es un poco (!) antiguo. Pero me basta. Mis niños son aplicados y aprenden. Durante el verano también doy clase. ¡Qué remedio me queda! Los niños acuden como siempre. Lo importante es que aprovechen el tiempo.»

He recibido de esta maestra una lección modelo. ¡Con qué suavidad puede prescindir una persona, que sienta verdadero amor por la enseñanza, de las pretensiones pedagógicas modernas! Y recuerdo las palabras del Apóstol: «He aprendido a contentarme con lo que tengo». Caía la tarde, cuando la hija del gran obrero y yo evocábamos las figuras que ya pasaron a la eternidad. La habitación estaba amueblada con gran sencillez. Unas sillas, una mesita, con un cajón adosado a ella como si fuese una carpeta, y en un rincón, un armario, largo y estrecho, lleno de libros viejos. Es el despacho de D. Emilio, tal y como estaba cuando él murió. ¿Quién pensara que de este cuarto dismantelado salieran a la luz to-

das las obras literarias de aquel gran hombre?... Sobre el pupitre, tan raro y diminuto, se inclinaba, hora tras hora, el torso cansado de D. Emilio, que ahora nos mira desde su retrato. De la frente, amplia, aún parecen emanar pensamientos de humanidad jamás oscurecida. El rostro, barbado, es un pregón de energía varonil y fe en Dios. Sería pueril ensalzar ahora la personalidad de un héroe evangélico que siempre vivió del Señor y para el Señor. Pero su obra no acabó con él. No pienso en sus libros, insuperables dentro de aquello para lo que estaban destinados, sino en la continuación de aquella obra, que hoy supone la labor de la hija. He visto mucho y he aprendido mucho en mi viaje, pero nada ha borrado la impresión que me causó aquella mujer, hija de un gran hombre, que deja pasar su juventud entre niños, sin envidias, sin aspiraciones, contenta y feliz, al cuidado de su madre, una ancianita que debió ser muy bella, dedicada enteramente a un trabajo para el que tantos son llamados y tan pocos escogidos.

* * *

A media noche sale el tren para Asturias. De madrugada subimos el Puerto de Pajares. Inmensos valles y montañas gigantes. Es un espectáculo grandioso. La niebla rueda, a veces, en grandes pellones blancos, sobre el valle. Cuando el sol ha deshecho los grises crespones, surge la variadísima gama de colores de esta naturaleza bravia y sentimental. El tren continúa ascendiendo. Vamos a través de la montaña horadada. Los túneles son como puntos suspensivos, tras de la expresión supremamente bella de un paisaje. Campos jugosos. Luz, mucha luz. Todos los viajeros (madrileños en su mayoría) se agolpan a las ventanillas. El tren se abre paso entre las plantaciones de maíz. Quedan atrás las montañas. Nos acercamos a la ciudad. Oviedo. Calles anchas y limpias. Parece una ciudad del Norte de Europa. Si. A juzgar por el color local, diríase que hemos salido ya de España. En Gijón es otra cosa. Por todas partes se oye el deje madrileño. Gijón es, en este tiempo, hispanopolita. Y ya se siente el Cantábrico bravío, que penetra, zumbando, casi hasta el centro de la urbe.

Asturias es un país privilegiado. Tiene el mar, la montaña y la llanura. Partiendo de Oviedo, hacia el Oeste, es la naturaleza más áspera, pero se revela más grandiosa. Como el servicio de carreteras es muy bueno, hay autobuses que aventajan al ferrocarril en limpieza y comodidad. El auto de Oviedo a Cangas de Tineo cubre el trecho de cien kilómetros casi en cinco horas. De aquí a Besullo, segundo punto de mi viaje, es preciso cabalgar unas tres horas. En vista de que no encuentro un caballo y la noche se echa encima, contrato un guía, y los dos nos internamos en la montaña.

(Continúa en la página 389.)

Continúa: Un viaje por España.

En Besullo, pequeño pueblo situado graciosamente entre montes, hay un núcleo evangélico, que tuvo sus principios allá por el año ochenta del pasado siglo. Los evangélicos de la capital apenas si nos damos cuenta de que aún existen lugares donde la semilla, un tiempo esparcida por hombres de buena fe, ha encontrado suelo propicio y se ha desarrollado y mantenido hasta hoy. Es la simiente, que se desarrolla sola. En este rincón de Asturias se ha cuajado ya en espigas. Dos docenas de casas motean el valle de blanco. Al fondo, las montañas, verdes las unas, lisas como la palma de la mano otras, pero todas inmensas. Entre las casas y el monte, prados multicolor y la cinta clara de un riachuelo. La escasa población está sufriendo actualmente bajo la tiranía absurda de un cura muy joven, que ya está harto de decir misa para los bancos vacíos. Mientras tanto, celebramos los evangélicos tres reuniones: el Domingo, dos cultos y una conferencia, al día siguiente, que atrajeron, no sólo a los besullenses, sino también a gente de los pueblos vecinos. ¡Y eso que la gaita zumbaba incesante, porque era la fiesta del lugar! Pero nuestros himnos sonaban tan claros, tan puros, engrosando el cortejo de susurros y murmullos de los árboles y del torrente saltarín, que la gaita y el tambor cesaron. «¡Ah, si tuviésemos una capilla y una escuela!», me decían los hermanos. Sé que los tiempos actuales son de dura prueba para el Protestantismo español, y que las misiones apenas si pueden soportar la carga que tomaron sobre sí en nombre de Dios; mas sería una pena que cayera en olvido ese pequeño grupo de cristianos, que mantienen su fe y sus derechos. Acaso un pequeño regalo de tratados de propaganda, ya que una visita misionera se hace más difícil, contribuyese a reanimar el celo de los hermanos de Besullo y a fortalecer sus brazos, para que la preciosa semilla que arrojan caiga más lejos.

MANUEL GUTIÉRREZ MARÍN.

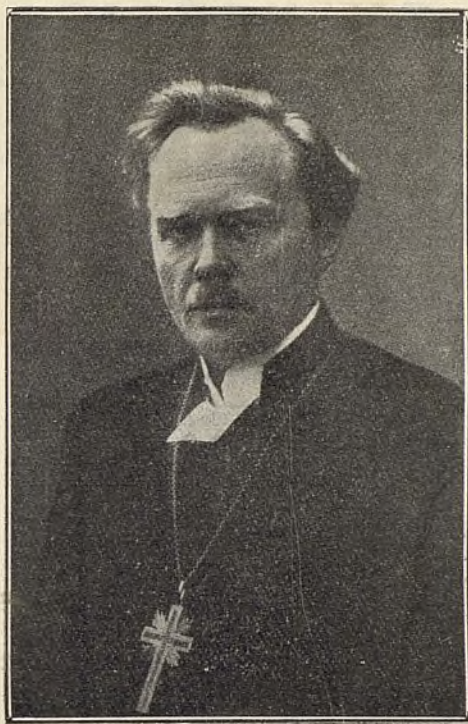
Acostúmbrese.

Acostúmbrese a llegar al templo a su hora no sólo por su beneficio, sino en consideración a los demás a quienes entretiene su llegada.

Acostúmbrese a no mirar hacia atrás cuando entre en el templo otra persona, pierde usted la atención, molesta a su vecino y desorienta al predicador.

Acostúmbrese a no hablar con su vecino durante el servicio, aunque sea asunto relacionado con él por las mismas razones anteriores.

Acostúmbrese a no molestarse cuando unas indicaciones oportunas como éstas encajan perfectamente dentro de su conducta. No son para perjuicio de nadie sino para bien de todos.



MUY RDO. NATAN SODERBLOM

El arzobispo de Upsala, primado de la Iglesia Oficial de Suecia, agraciado con el premio Nobel de la Paz, para 1930. El arzobispo Soderblom es una de las figuras preeminentes del Protestantismo mundial, y ocupa una de las vicepresidencias de la Alianza Universal para fomentar las relaciones internacionales mediante las Iglesias. Hemos tenido en diferentes ocasiones oportunidad de saludarle, y siempre ha mostrado mucho interés por la Obra evangélica en España. Hoy nos complacemos en felicitarle por la honrosa y merecida distinción de que ha sido objeto.

¿Un Congreso evangélico hispanoportugués, para Agosto de 1934, en Lisboa?

ADHESIONES

Serras de Alto Alemtejo, 12 de Septiembre de 1930.

Sr. Director de *Portugal Novo*. Lisboa. Lei, con el mayor interés, el artículo que los señores D. Eduardo Moreira y D. Fernando Cabrera firmaron, acerca de un proyectado Congreso intrapeninsular.

Encuentro magnífica tal idea, que debe interesar hasta a los que no son cristianos evangélicos.

Todo lo que sea una aproximación racional y conscientemente acariciada por españoles y portugueses, debe ser objeto de gran estima entre los habitantes de ambos países.

Los actos religiosos no son indiferentes a la vida social y económica de los pueblos, y el Protestantismo hace ya mucho que dejó de ser una escuela cristiana de carácter histórico, para afirmar, como lo hace en casi todos los países, una gran vitalidad sociológica. La vida social y económica del individuo es una consecuencia inmediata de sus creencias religiosas o filosóficas.

Por eso, en los tiempos actuales, que tanto oprimen a las clases trabajadoras,

es de una psicología urgente aplicar el Evangelio a la solución de los problemas que afectan a la vida de los dos pueblos.

Todos hablan de transformar los hechos; pero dejan de ver las causas del mal.

Más que nunca es necesario el Evangelio para la defensa de la vida del individuo.

El estatismo, venga de donde venga, sólo conduce al desorden ruso. Venga, pues, un Congreso luso-español, donde la luz del Evangelio se fije como las bases de la amistad que debe siempre existir entre españoles y portugueses. — *Un alemtejano de Raia.*

DEL DOMINGO DE LA PRENSA

4.050 pesetas para ESPAÑA EVANGÉLICA

Donativos recibidos.

	Pesetas.
Suma anterior.	950,50
Vicente García, Lugo	2,—
Escuela Dominical, Utrera.	15,—
Julia Vidal, idem.	2,—
Lidia Calamita, idem.	3,—
Ernesto Ballesteros, idem.	5,—
Antonio Dopico, Brooklyn.	31,65
Iglesia Metodista, Barcelona (añadido a la colecta anterior).	5,—
Bartolomé Alou, Capdepera	15,—
Mateo Queralt, Barcelona	2,—
SUMA.	1.031,15

Se han recibido más donativos, que aparecerán en la próxima lista. Muchas gracias.

Palabras de aliento.

Me gozo en comunicarle que acepto formar parte de los que ayudan con su óbolo al sostenimiento de nuestro querido periódico ESPAÑA EVANGÉLICA. — Bartolomé Alou, Capdepera.

Le remito la cantidad de 2 pesetas en sellos de Correos, como donativo para ESPAÑA EVANGÉLICA. Mi gusto sería poder mandarle más; pero la situación, por ahora, no me lo permite como yo quisiera, porque hace cerca de cuatro meses que tengo mi madre enferma. Como puede suponer, esto es un mal muy grande para el bolsillo; si más adelante puedo mandar alguna cosa más, con mucho gusto lo remitiré. Deseando que todos ustedes se encuentren muy bien, y que sea un grande éxito para ESPAÑA EVANGÉLICA la recogida de los donativos, reciba mis sinceros saludos de su amigo y hermano en Cristo. — Mateo Queralt, Barcelona.

Cuando haya leído este periódico no lo tire. Envíelo a algún conocido.

¿Quiere usted buscarnos un nuevo suscriptor para este periódico?

INFORMACIÓN EVANGÉLICA

Hoy

a las ocho de la noche, reunión de oración unida en la Iglesia de Chamberí, Trafalgar, 34.

Culto de Comunión.

El Domingo próximo, a las once de la mañana, culto de Comunión en la Iglesia del Redentor, Beneficencia, 18.

El Arbolito de Adviento.

El Domingo próximo, a las cinco de la tarde, las Escuelas Evangélicas de las calles de Calatrava, 27 y Áncora, 13, celebrarán la fiesta del Arbolito de Adviento. La entrada es pública.

La Obra en España.

Tenemos el propósito de publicaren uno de los primeros números del año próximo, una nueva lista de todas las Iglesias y capillas evangélicas que hay en España, incluyendo las de las colonias extranjeras. Con objeto de que la lista sea lo más completa posible y tenga los menores errores probables, suplicamos a todos los superintendentes, pastores y evangelistas, nos envíen antes del 25 de este mes, la dirección (localidad, calle y número) de las Iglesias y capillas que estén a su cargo. Bastará hacerlo en una postal, y en la forma siguiente (ponemos como ejemplo): *Málaga. Andrés Borrego, 31.*

En interés de todos está el que la lista sea muy completa, no olvidando que sólo se trata de Iglesias y capillas, esto es, de locales dedicados al culto.

En otra ocasión publicaremos la lista de los centros de enseñanza.

La cuestión religiosa.

Un entierro en Castrogonzalo.

El lunes 24 de Noviembre tuvo lugar, en Castrogonzalo (Zamora), el entierro de una fallecida hermana de aquella congregación, al cual asistieron buen número de creyentes de La Torre y Pobladora del Valle y una gran concurrencia de amigos y vecinos, que no se habían dejado intimidar por las conminaciones del cura párroco en su sermón del Domingo.

La importante manifestación de simpatía y de interés por el Evangelio provocó el enojo de alguna autoridad local, que asistió al acto, interviniendo de una manera irrespetuosa y arbitraria. Con la gorra calada hasta las orejas, se creyó con derecho a determinar el momento en que había de darse tierra al cadáver, sin esperar a que se celebrara, con el orden debido, el culto de sepelio.

El pastor, D. Arturo Shallis, acompañado de D. Audelino G. Villa, han visitado al juez de Instrucción, en Benavente,

para hacer la correspondiente denuncia contra la conducta de la mencionada autoridad local. Es de esperar que la justificadísima queja sea atendida para enseñanza de gente que no acaba de aprender cómo deben respetarse las convicciones religiosas y los derechos de ciudadanos honrados.

Arenas de San Pedro.

Nuestro querido hermano, el evangelista D. Miguel Aguilera, solicita las oraciones de los lectores de ESPAÑA EVANGÉLICA, en favor de las reuniones especiales, que se celebrarán, Dios mediante, en Arenas de San Pedro (Ávila), los días 14 a 21 del corriente Diciembre, organizadas por el misionero allí residente, don Ernesto Trenchard.

Gratitud.

Dña Carmen H. Ponzoa nos suplica hagamos presente su sincera gratitud a cuantas personas le han escrito con motivo del fallecimiento de su hermano don Luis.

oooooooooooooooooooooooooooo

Nuestra Estafeta.

F. P., Alicante. — Se le enviaron los números que no había recibido. Los suponemos en su poder.

E. P., Coruña. — Su Iglesia figurará, como todas, en la lista que proponemos publicar. Tendremos presente la enmienda que hace.

J. C., Barcelona. — Remitidos los índices que solicitaba.

A. E., Sabadell. — Repetido el paquete que no recibió.

oooooooooooooooooooooooooooo

Notas breves.

La familia del pastor de la Iglesia Evangélica de Badajoz, D. Lorenzo Elder, pasa en estos días por la dolorosa prueba de haber visto morir a su hija Juanita, preciosa niña de nueve años de edad. A la familia del Sr. Elder, y a los hermanos de aquella Iglesia, hacemos presente nuestra sincera simpatía en la aflicción que les aqueja, seguros de que se verá aminorada por el recuerdo de que «de los niños es el reino de los cielos».

oooooooooooooooooooooooooooo


Ofertas y demandas.

(25 céntimos línea.)

MAESTRO evangélico. Se necesita uno con título. Informará D. Enrique Rodríguez. Andrés Borrego, 31. Málaga.

CHOFER, cristiano, hombre de experiencia se desea. Dirigirse con datos usuales a «La Verdad», Ballobar (Huesca).

Recomiende a sus amigos

 ESPAÑA EVANGÉLICA

Esfuerzo Cristiano

Trabajo individual por Cristo.

Dom. 14 Dicbre.

Hech., 8, 26-40.

Lecturas diarias.

Lunes . .	Jesús y el individuo . .	Luc., 19, 1-9
Martes . .	Atentos al llamamiento . .	Mat., 4, 18-22
Miércoles . .	El ejemplo de los discípulos	Mat., 10, 1-8.
Jueves . .	A cada uno su trabajo . .	Mar., 13, 31-34; Rom., 12, 6-8.
Viernes . .	La responsabilidad de ser discípulos	Mat., 16, 21-26.
Sábado . .	La recompensa personal	Dan., 12, 3; 1.ª Cor., 3, 5-8.

Sugestiones.

Todo miembro de una Iglesia cristiana debe trabajar por Cristo. El Señor no ha excluido a nadie de esta regla. ¿Desearía alguno que lo hubiese hecho? Su mandato es para todos, sin excepción: «Trabaja hasta que yo vuelva». ¿Hemos puesto nuestros talentos a interés? Si no lo hacemos así, nunca podemos entrar en el descanso. Descanso implica trabajo previo. Si no trabajamos, ¿cómo podremos descansar alguna vez? El Espíritu Santo nos manda trabajar para entrar en el descanso; éste es el camino. Los perezosos están siempre inquietos, aburridos, turbados. Solamente son felices los que se han consagrado completamente al servicio de Dios, y se gozan en hacer su voluntad.

Ilustraciones.

Un historiador griego deseaba mucho poder decir algo de la gente de la ciudad donde había nacido. No pareciéndole bien escribir su historia sin decir algo de su propio país, escribió lo siguiente: «Mientras Atenas edificaba sus templos, y Esparta hacía sus guerras, mis compatriotas estaban sin hacer nada». Es de temer que si se tuviera que escribir lo que muchos cristianos están haciendo por las Iglesias, se tendría que decir que no habían hecho nada en toda su vida.

Temas para pensar.

¿Por qué se necesitan trabajadores? ¿Por qué la juventud está llamada al servicio del Señor? ¿Cómo podemos ayudar a Cristo aquí en la tierra? ¿Cuáles son las recompensas de Dios por nuestro servicio?

Pensamientos.

Un alma ganada es el mejor instrumento para ganar almas.
El cielo tiene millones de almas salvas, pero se han reunido una por una.

Sociedades infantiles.

Reinas de la Biblia.

Domingo 14 de Diciembre.

Mencionad algunas de estas reinas que conocéis. ¿Qué hizo la Reina Esther, por lo cual tanto os gusta? (Estr., 7, 3-6).

¿Qué reina, deseosa de saber, fué a visitar a una persona muy sabia, y quién era esta persona? (1.º Rey., 10, 1 y 2).

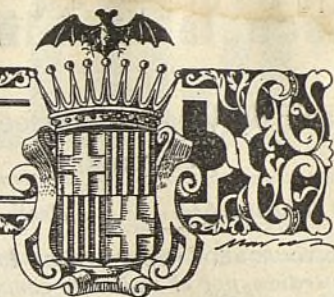
¿De quién era madre la Reina Jezabel, y qué crueldades se mencionan de ella? (1.º Rey., 21, 7-10).

¿Qué cosa buena sabéis de una reina pagana? (Dan., 5, 10-12).



MEMORIAS DE UN PROTESTANTE

POR
ANTONIO VALLESPINOSA



CAPÍTULO XVII

Mi llegada a Barcelona. — Reunión preparatoria. — Amenazas de asesinato. — Expulsión de unos estudiantes. — Adhesiones al Protestantismo. — Suñer y Nin. — Manuscrito de la Historia del Protestantismo. — Francisco de Paula Ruet. — Amenaza contra el clero.

A mi llegada a Barcelona encontré que me estaban esperando en la estación mis amigos don Juan Briansó, broncista, D. José Casanova, fabricante de chocolate, y D. Francisco Sendra, fundidor, y este último primo mío. Tomamos un coche, y nos dirigimos a la Fonda del Universo, en la calle de la Boquería, donde estuve dos semanas.

A los pocos días de mi llegada, y sin que todavía hubiera comenzado mis trabajos, ya supo el clero que yo estaba en Barcelona, y el 20 del mismo mes (Noviembre de 1868) se me presentó un joven estudiante con una carta del doctor Sarri, antes amigo mío en el Seminario de Tarragona. Hallábase a la sazón en la misma fonda un colega mío del mismo seminario, llamado Serra, natural de Vilasar de Dalt, quien, al oír pronunciar mi nombre, subió a saludarme. Leíle la carta que acababa de recibir, y que decía así:

«Sr. D. Antonio Vallespinosa: He sabido por casualidad que te hallas en ésta, y supongo el motivo de tu venida; a pesar de todo, espero que en Barcelona no seremos menos amigos de lo que fuimos en Tarragona, por más que hayan cambiado las circunstancias tan radicalmente. Deseo que me facilites ocasión de verte y abrazarte, y no dudo que tendrás en ello la misma satisfacción que tu siempre amigo, José Sarri, presbítero. P. D.—Mi habitación y la tuya, calle de la Boquería, número 12. Espero que me escribirás, visitarás o fijarás sitio y hora para vernos a solas. Barcelona, 23 de Noviembre de 1868.»

Leída la carta, aconsejéme mi amigo Serra que no le contestara, añadiendo que era un tunante y que estafó a su tío, anciano sacerdote y un santo hombre, que era director de un colegio situado en la misma calle, siendo su vicedirector el mismo Sarri. Con todo, le mandé la siguiente respuesta:

«Sr. D. José Sarri. Barcelona, 24 de Noviembre de 1868. Muy señor mío: He recibido la suya, y, en virtud de lo que usted y yo sabemos, no he tenido a bien acceder a la entrevista que usted me pide. Suyo, Antonio Vallespinosa.»

Unos ocho meses después de su venida a Barcelona, y hallándome regentando la

Congregación Española de la Catedral de Gibraltar, Sarri escribió en los *Ecós del amor de María*, periódico quincenal que se publicaba en Barcelona, una carta en la que me calumniaba atrocemente, y, a pesar de ser yo un sujeto *tan malo*, quería después abrazarme como *siempre amigo*. Esto es una muestra de lo que son muchos curas romanistas.

El Sr. Sarri era entonces de unos treinta años de edad, poseyendo los grados de doctor en Teología y licenciado en Filosofía y Letras. Poco tiempo después, se fué a Oviedo con su nuevo obispo, señor Sans, de cuya diócesis había de ser vicario general.

A las dos semanas dejé la Fonda del Universo para irme a una casa de huéspedes que había en el Pasaje del Reloj, en la calle de Escudillers.

No obstante las precauciones que tomé dando mi dirección para correspondencia a la fábrica de D. Juan Briansó, en la calle de Guardia, 9, se enteraron en seguida de dónde vivía, a pesar que ninguno de la casa sabía que yo era un ministro protestante. Echaron por debajo de la puerta unos impresos contra mí y contra las doctrinas que enseñaba; mas como nadie de la casa sabía quién era el sujeto en cuestión, la cosa pasó desapercibida.

Unos ocho meses después tomé un entresuelo de una casa que estaba frente a las Arrepentidas (convento que también servía de cárcel de mujeres, y que también llamaban La Galera), a la mitad de la calle de San Pablo. De esta habitación, a los tres meses, pasé a un piso primero de la calle de la Riereta Alta, esquina a la calle del Hospital, de donde salí para ir a vivir en las habitaciones de la capilla de la calle de Amalia.

A mi llegada fui a ver a un joven abogado llamado Rovira, que vivía con sus padres en una tienda de fideos de la calle del Carmen. Era de noche, y habiéndole entregado la tarjeta de mi recomendador y comunicado el objeto de mi venida a Barcelona, se espantó, y me envió no sé dónde. Su madre, que estaba presente en nuestra entrevista, me miraba de reojo, como si fuera un condenado, y se alegró mucho cuando me vió marchar de su casa. Ese tal abogado era muy liberal cuando se trató de ir a Madrid en busca de un empleo. Pude visitar a dos o tres personas más; pero en vista de lo sucedido con el abogado, no quise buscar otra ayuda.

Llegó por fin la hora en que creí debía

comenzar mis trabajos protestantes, a cuyo fin determiné tener una reunión preparatoria con los que simpatizaban con mis propósitos. Quisimos obrar con mucha cautela, y juzgamos prudente no anunciarlo en los periódicos, hasta que tuviésemos un local adecuado para recibir al público y formar realmente una Iglesia. Entretanto, tuvimos que contentarnos con dar conferencias de controversia, reuniéndonos en el taller del señor Briansó, lo que fué muy incómodo, por no poder mover los bancos y tornos que allí había.

Hicimos correr la voz entre nuestros amigos y conocidos para que a su vez lo comunicaran a los suyos, y el martes, 24 de Noviembre, día designado para nuestra reunión, vinieron unos cincuenta obreros, especialmente fundidores, porque mi primo lo anunció en la fundición donde estaba empleado.

Abrió la reunión el Sr. Briansó, introduciéndome al auditorio como el pastor protestante, y yo hablé en seguida sobre el objeto de nuestra reunión. Informéles también de que la reunión próxima sería el día 27 en los espaciosos salones que nos había ofrecido el cónsul suizo don Juan Hohl, que vivía en el piso primero de la casa número 4 del Dormitorio de San Francisco, cerca de Atarazanas.

Acabada la reunión, y después de haber salido los oyentes, me detuvo un joven, a quien después reconocí como un ex seminarista de Tarrasa, y que habiendo dejado la carrera eclesiástica, se ocupaba en enseñar matemáticas en un colegio de Barcelona. Dicho joven demostró simpatía con nuestras ideas; pero, a pesar de sus muchas ofertas y del asunto grave que me comunicó, siempre le tuve por sospechoso. Me enteré de que en la reunión que acababa de tener lugar había unos quince neocatólicos, entre ellos el hermano mayor del Dr. Sarri, que estudiaba leyes, y tres oficiales de tropa, que llevaban el intento de acuchillarme, pero que no lo hicieron.

(Se continuará.)

ANUNCIOS para el número de Navidad.

Estamos ya pensando en el número extraordinario de Navidad. Admitimos anuncios para dicho número.

Serán atendidas las primeras órdenes.

